

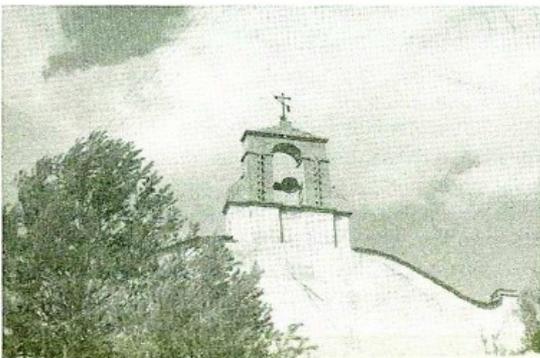


Campanas

En las ciudades populosas las campanas apenas se hacen perceptibles. Hállanse disminuidas entre esa inmensa cantidad de ruidos, tan ajenos a sus propias funciones eclesiales... No así en mi pueblo, que todavía conserva bastantes huecos de silencio, donde ellas colocan como motivo principal, su variado repertorio.

Voces antiguas vinculadas a la eterna presencia del paisaje, saben de la tristeza de las cosas y renuevan pasadas alegrías. Campanas de la tarde y de la aurora, campanas de los vivos y los muertos. ¿Quién no ha sentido, tras la expresión sonora que difunden, el entrañable aroma del recuerdo y en los años mozos el florecimiento de la ilusión más pura? En la ausencia se tornan más queridas y resuenan más fuerte en la añoranza. Campanas de conventos y de ermitas; campanas parroquiales. ¡Qué solemne la mayor de todas presentada en

el pórtico de las grandes festividades! Llena de pretensiones catedralicias aparenta un aire notablemente episcopal. Su voltear acompasado es cántico glorioso disperso hacia la verde anchura de los campos. Y en la clave del ángelus, al acabarse el día, su influjo evidencia fervorosas súplicas, dulzura inolvidable. Pide por las ánimas o dobla por los agonizantes y su quejumbrosa actitud incluye una advertencia recordatoria de lo efímero de nuestra existencia. Con el ciprés, mantiene en los ratos de contemplación y de sosiego largos coloquios espirituales. Y es el signo inicial, bellamente impreso, en el papel pautado que registra la musical teoría de tantos repiques armoniosos. Sus compañeras concuerdan y completan su alta y religiosa misión. Colaboradoras esenciales son designadas por la costumbre popular con viejos apelativos cariñosos.



La del "Sermón", siempre extática, involteable, sentenciosa y de una seriedad extremada. La "Collejera", repleta de liturgia en la tarde marzal, teñida con el color morado de cuaresma, emotiva y clara, reclamando horas de penitencia y de cilicio. Y devota también al llamar para el rosario bajo la luz suave de la amanecida. La de "Dolores", cuya actuación destaca en los antecedentes de la Semana Santa. La de "Alzar a Dios", mística y pura, locuela y niña, con su sonido blanco de marfil que huele a cirio. Que tiene la leve tonadilla de un salmo pequeño. Que levanta su anhelo cuando la brisa mañanera mueve las hojas del laurel en el vecino huerto y que al comenzar de súbito hace revolar a los gorriones.

Campanas de adviento... Unánimes en la unción carismática del gozo pascual. Encaradas al camposanto en el mes luctuoso de noviembre. Hogareñas en las fechas imborrables de la Navidad, asimilándose la letra de villancicos y coplillas. Y en Fiestas de septiembre, trasunto y consonancia de los relatos caballescrescos de algún códice olvidado. Campanas en cruz rogando por la paz.

Toques extraídos del tiempo, recónditos, cotidianos, familiares. Los de "procesión", movidos, intensos y a intervalos. El que señala el obligado ayuno, especie de sermón, austera nota. Los de "arbolada", a estilo de concierto. Acordes finalizados con los truenos de los morteretes disparados en el castillo. El de rebato o "fuego", pavoroso por la visión de las hacinas encendidas durante la calma veraniega.

El de "óleo", inesperado, nuncio de muerte repentina. El de "cubrir", perfumado de incienso y reverente. Y en una perspectiva no lejana, aquellos de vísperas en las tardes dominicales. Vísperas con órgano y latines y nutrido coro. Y también el de viático o "comulgar", con las hileras de fieles portando luces calladamente por la noche. Los de "nublo", de "llamar capellanes", enlazados con el de "descubrir", memorando antiquísimas formas rituales, mezclados con el fragor de la tormenta. Instantes en los que se veía, en la alta reja parroquial, al sacerdote conjurando la nube maléfica.

Y continuando en importancia a estas de Santa Catalina, las del Carmen. Verdadero derroche de notas que suben, que descienden hasta la plaza, insistentes, locuaces, cercanas, multiplicándose indefinidamente. Campanas que dentro de los corredores conventuales parece que hablaran de cuestiones teológicas o que fueran estrofas de un escogido antifonario. Por las amplias arcadas de piedra se aroman de los capullos entreabiertos de los rosales trepadores.

Y al otro extremo las de San Francisco. De tema reducido pero que en su versión poética rima perfectamente con la figura del mínimo ciprés que junto a la casa cural aparece lleno de sencillez encantadora. Y yo diría que son lo mismo que doncellitas recatadas, pues están temerosas de asomarse, veladas tras la celosía del campanario bizantino. El primoroso campanario, tan bello en la exacta geometría enladrillada.

Jubilosas y con acentos de risa cristalina, las del Santuario. Gemelas, con tono de cántiga, haciéndolo a dúo, derramándose por el valle, líricas entre el ramaje de los pinos, con sabor de lejanía y de jaculatoria. Y la del camarín, de son quebrado y milagroso, envuelta en su aureola de leyenda, encima de la Virgen, delante de la vidriera policromada.

Tímida y leve, como murmullo retenido, la de las monjas de clausura se introduce en el coro y participa de los rezos canónicos. Flor de miniatura, excelente para ser copiada en la linda labor que confeccionan las novicias. ¡Cómo vierte melancolía cuando las hojas secas otoñales se arremolinan en los portales del convento! Infunde nostalgia infinita, ansias de cielo azul...



La del Asilo resulta sencilla y acogedora y madruga a diario para la santa misa. Y en contraste con el lugar que ocupa, vuela mantenida por gozosos impulsos juveniles.

Y en lo alto del cerro la de Santa Ana. De matices verticales, bajando con su canción de estío. Y la de San Antón, distante, chiquita en su espadaña, semejando la viñeta de una estampa de las novenas de antaño.

¿Cómo serían las de aquellas ermitas desaparecidas, de Santa Lucía, de San Sebastián, y la suntuosa del Rosario? ¿Cuántas habría en el convento de Capuchinos que fundara en la primera mitad del siglo XVII el obispo D. Bernardo Caballero de Paredes? Durante doscientos años, hasta la desamortización, rigieron la vida del cenobio y seguro que se confundiría su armonía con la grave del canto gregoriano. Quizás sus ecos vagan aún, en las noches de plenilunio, por los viñedos solitarios. Y pienso que las campanas actuales las evocan a manera de extraño responsorio, mientras sirven de meditación y de glosa de estímulo piadoso.

Viejas campanas mantenedoras de hermosas tradiciones. Amigas que se adaptan a los distintos modos de nuestro sentimiento. Que nos siguen y acompañan con frecuencia, sonando cuando menos lo esperamos y que al esperarlas nos hacen disfrutar con la alegría que predican. Ellas nos darán la despedida última y testigos del tiempo, imperturbables, irán contando a las generaciones venideras, historias y costumbres traducidas en repiques y volteos; en misteriosos tañidos que como ahora se alargarán en el espacio, dulce o clamorosamente, siendo norma, fondo y parte selecta del paisaje.

B. MEDINA

MÚSICA



CAUDETE
MOROS Y CRISTIANOS
Septiembre 1973

